

Georges Bernanos

y la guerra de España

El testimonio
de un ⁸⁵ hombre libre

(Les grands cimetières
sous la lune)



EDICIONES ESPAÑOLAS

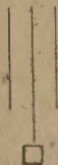
1938

Georges Bernanos

y la guerra de España

El testimonio
de un hombre libre

(Les grands cimetières
sous la lune)



EDICIONES ESPAÑOLAS

1938

PRÓLOGO

El testimonio que contienen estas páginas proviene de un gran escritor francés. «Georges Bernanos —escribe Martín Chauffier— conquistó de un golpe la fama, hace una decena de años, con una novela de una gran profundidad religiosa y extraordinaria elevación mística: *Sous le soleil de Satan*.

»Las que después siguieron: *L'Imposture*, *La Joie*, *Journal d'un curé de campagne*, *La nouvelle histoire de Mouchette*, tenían todas la misma inspiración y no le eran en nada inferiores.

»Georges Bernanos perteneció a *l'Action Française*, pero se apartó bien pronto de este movimiento, cuya doctrina y métodos perjudicaban y tracionaban la causa a la que él se había entregado fielmente con una convicción profunda. Georges Bernanos es católico y monárquico.

»En toda su obra literaria Bernanos se consagra a denunciar a todos los que explotan o deshonran la religión o el orden social que él defiende como

verdaderos y legítimos. Su obra es la de un purificador. Combate sobre todo «a los enemigos domésticos», no a los adversarios, sino a los bribones y a los imbéciles.

»*La grande peur des bien-pensants* dió la medida de su fogoso talento de polemista. Esta obra magnífica provocó el furor y el odio de los que habían visto en él un aliado y esperaban convertirlo en un cómplice o en un servidor. Pero precisamente lo que a él menos le preocupaba eran los ataques de estas gentes.

»*Les grands cimetières sous la lune*, su última obra, demuestra que la preocupación de dar testimonio de la verdad puede más en él que toda otra consideración. Sus convicciones católicas y monárquicas permanecen inquebrantables. Pero en este libro echa a latigazos a los mercaderes del templo, que él quiere conservar limpio de toda mancha.»

A lo largo de su libro, que está escrito sin ninguna preocupación cronológica, da Bernanos las razones que ha tenido para escribirlo.

A Bernanos le sorprendió la guerra en Palma de Mallorca y allí permaneció casi un año. Sus antecedentes —monárquicos a ultranza y católico ferviente— le hicieron acoger con verdadero entusiasmo ciertos aspectos del movimiento rebelde, que no eran muy diferentes de los principios que él mismo había defendido toda su vida. De ahí el singular valor de su testimonio. «Este humilde testimonio —escribe el mismo Bernanos— tiene su valor, porque yo no tenía ningún lazo con los rojos de España o de otra parte y era conocido por todos como católico y como monárquico». (P. 136.)

Tenía, además, Bernanos la ventaja enorme de presenciar la guerra en Mallorca, «una isla pequeña —como él mismo escribe— que se puede fácilmente recorrer toda entera en un día y en una sola etapa de motocicleta. Es un poco como si la España nacionalista, que exploran a toda prisa los periodistas, reducida a una escala conveniente, se encontrara toda ella compendiada al alcance de la mano... En este escenario restringido he podido acercarme a todos los personajes. Con una misma mirada podía ver el gesto del que manda y el del que ejecuta, a los jefes y a los comparsas. He hablado con unos y con otros. He oído sus justificaciones y a veces he participado de sus remordimientos». (P. 121.)

Un hijo de Bernanos se enroló en las filas de Falange y, batiéndose por Franco, alcanzó las estrellas de teniente. Una conducta perfectamente lógica, porque el hijo no hacía más que poner por obra lo que el padre siempre había pensado. «Si no fuera público —tanto como un hecho tan fútil puede merecer semejante epíteto— yo no me permitiría recordar que mi hijo se ha batido con el uniforme de Falange... Ciertamente, yo declino en su nombre el elogio excesivo que le fué tributado en el púlpito por su Eminencia el Cardenal Baudrillard, porque jamás ha merecido, como tampoco yo en mi tiempo, que se le proponga como ejemplo a la juventud francesa. Pero, en fin, se ha batido. Se ha batido en nuestra isla y también en las trincheras de Madrid». Y como si esto no fuera ya suficientemente claro, todavía añade: «Tengo a la antigua Falange por perfectamente honorable y no se me ocurre compaar a un jefe magnífico, como lo era José Antonio

Primo de Rivera, con los generales ramplones que hace diez y ocho meses están chapoteando con sus botazas en uno de los más terribles mataderos de hombres que registra la historia». (P. 292.)

Bernanos en un principio simpatizó, pues, francamente con la rebelión franquista. Le pareció que era un alzamiento de hombres patriotas y cristianos, que querían librar a su patria de la anarquía y del comunismo y estaban dispuestos a mantener hasta por la fuerza el derecho a practicar sus creencias. Había la cuestión de los medios, pero a Bernanos no le asusta ni la ilegalidad ni la violencia. Él mismo confiesa: «Los republicanos españoles no mostraron en otro tiempo ningún escrúpulo en servirse contra la monarquía de los generales felones. Que estos traidores les traicionen a su vez, no me parece mal. Yo no tenía, pues, que formular ninguna objeción de principio contra un golpe de Estado de los falangistas o de los requetés... No es el uso de la fuerza lo que me parece condenable, sino su mística: la religión de la fuerza puesta al servicio del Estado totalitario, de la dictadura de salud pública, considerada no como un medio, sino como un fin». (P. 99.)

La realidad le fué, sin embargo, mostrando el sentido auténtico de la guerra que Franco y sus jefes hacían en España. Se lo fueron revelando una serie de hechos que él mismo presencié y que le conmovieron profundamente. Y no es que a Bernanos le espante la sangre o los muertos; «No soy de ninguna forma enemigo de la fuerza, ni de los métodos de fuerza. ¡No faltaría más! Fuí a la guerra libremente y no a latizagos como un perro. Después de haber combatido cuatro años, ¿cómo voy a es-

pantarme por algunos millares más o menos de muertos? ¿En nombre de qué escrúpulos?» (P. 157.)

Pero había más que muertos. Bernanos es un hombre libre y no podía consentir que en la contienda española se estuvieran comprometiendo principios e instituciones a los que él da más valor que a la vida de los hombres. A la hora de la verdad, su testimonio no podía faltar. «Nadie ignoraba en Palma—cuenta— que mi hijo había sido teniente de la Falange. Se me veía frecuentemente en misa. Tenía amistad hacía bastante tiempo con jefes rebeldes, muy temidos por los sospechosos. ¿Por qué gentes que apenas me conocían me hablaban libremente, a pesar de que la menor indiscreción hubiera podido costarles la libertad o la vida? Pues bien, lo digo como lo pienso. Aún se sabe en el mundo que un francés no se convierte en instrumento de la policía. Que un francés es un hombre libre». (P. 136.)

Como hombre libre habla en estas páginas. Durante un año entero las estuvo meditando. No quería que pudieran parecer una explosión irreflexiva de la pasión, ni que nadie las achacara a propósitos partidistas. Consciente de todo el peso de su testimonio, no quería servir más que a su conciencia. Y su conciencia le ha hecho escribir *Les grands cimetières sous la lune*, donde leal y sinceramente da su testimonio sobre la guerra de España.

I

ANTECEDENTES DE LA GUERRA

«Yo he visto, yo he vivido en España el período prerrevolucionario.» (P. 87.) ¿Qué es lo que Bernanos ha visto y ha vivido? Por lo pronto le salta a los ojos la evidencia de que la rebelión de Franco tuvo una larga elaboración. «Desde las elecciones de marzo (febrero) hasta el pronunciamiento del 19 de julio van tres meses y medio. Hasta un niño comprende fácilmente que estas doce semanas no son suficientes para organizar una rebelión de la Guardia civil y del Ejército. A menos que se piense que el general Franco se contentó con prevenir a sus cómplices con este telegrama: «Me sublevo mañana. ¿Qué deciden Vds.?». Un telegrama sin cifrar, naturalmente, y con respuesta pagada.» (P. 107.)

Sin embargo, como Bernanos no quiere testimoniar más que de lo que él ha visto por sus propios ojos, no cuenta nada de la preparación clandestina de la guerra. Dice solamente

esto: «Hacia semanas que esperábamos, sin creerlo, el golpe de fuerza anunciado por José Antonio Primo de Rivera. ¿Qué podíamos esperar de los militares? El Ejército español, autor principal y beneficiario único de la espantosa dilapidación de Marruecos, rigurosamente expurgado de sus elementos reaccionarios, gobernado por las logias masónicas de oficiales en las que se había estrellado la voluntad del primer Primo, era, además, violentamente anticlerical. (Lo sigue siendo, así como la casi totalidad de la población masculina de España, como lo demostrará, sin duda, un próximo porvenir.)» (P. 90.)

Su desconfianza de los militares era tan fuerte como su simpatía por los falangistas. «Yo he vivido (el período prerrevolucionario) con un puñado de jóvenes falangistas, honrados y valerosos, cuyo programa no aprobaba del todo, pero a los que animaba, así como a su noble jefe, un violento sentimiento de justicia social. Afirmando que el desprecio que sentían por el Ejército republicano y sus Estados Mayores, traidores a su rey y a su juramento, igualaba a su justa desconfianza respecto de un clero experto en maniobras y chalanços electorales, que efectuaba a la sombra de Acción Popular y por medio del incomparable Gil Robles.» (P. 87.)

Bernanos conoce bien el espíritu que animaba al clero y a los católicos políticos. «Qui-

siera tener delante de mí—escribe—a uno de estos inocentes Maquiavelos de sotana que parecen creer que se maneja a un gran pueblo como a los chicos de una escuela, y enfrente de la catástrofe adoptan la actitud de dignidad ofendida que toma un preceptor cuando alborotan sus alumnos. No haría gran derroche de elocuencia. Le diría simplemente: ¿es verdad que un gran partido demócrata, social y parlamentario agrupaba a la inmensa mayoría, a la casi unanimidad de los electores católicos de ambos sexos de España?—Sin duda.—¿La Acción católica lo aprobaba, le suministraba sus cuadros?—No podemos negarlo.—¿Es que alguno de los oradores o de los militantes de esta cruzada pacífica hizo alguna vez públicamente, en el curso de estos últimos años, alusión a la dolorosa necesidad de emplear la violencia en el caso de una derrota electoral?—No lo creemos.—¿Es que no llegaron hasta a condenar solemnemente la violencia en nombre de la política, de la moral o de la religión?—Evidentemente.—¿Es que cualquiera de estos teólogos que justifican hoy la guerra civil con argumentos sacados de Santo Tomás de Aquino la hubiesen aprobado, de producirse en este momento, aunque no fuese más que a título de simple hipótesis?—No nos atreveríamos a sostenerlo.—¿Es que hubieran Vds. aprobado, ocho días antes de las últimas elecciones, la declaración de que, en caso de derrota, los de-

votos y las devotas de la Acción católica deberían recurrir a estos métodos con la bendición del Episcopado?—Vd. nos toma por imbéciles. —No, ni siquiera por traviosos. Porque, después de todo, ¿es que no disponían Vds. de todos los poderes en los años que precedieron a estos acontecimientos lamentables? El Presidente de la República era de los vuestros. El Presidente del Consejo, el Sr. Lerroux, que acababa de olvidar en el escándalo del estraperlo la modesta provisión de honor de que aún disponía, así como su familia, había ofrecido a Gil Robles los restos medio gangrenados del antiguo partido radical... En una palabra, Vds. eran los amos, por así decirlo. Y ¿qué? algunas semanas después de acabarse vuestro Gobierno tutelar, ¿las cosas iban ya tan mal que no había otro recurso que la cirugía? ¿No encuentran Vds. el hecho extraño?» (P. 93.)

Los rebeldes, sin embargo, han utilizado, como una de las más poderosas razones para justificar su rebelión, la necesidad de mantener el orden. Pero Bernanos no se deja coger en el sofisma, y encarándose con los obispos españoles les pregunta: «¿Es verdad que, según el testimonio de los Reverendos Padres Jesuitas sociales, existían en España numerosas comarcas en las que la incuria y la avaricia de los terratenientes condenaban al hambre a unos desgraciados, deficientemente alimentados desde hace siglos? El dictador Primo

de Rivera llamaba a estos curiosos centros de depauperación la vergüenza de España.—Nuestras Excelencias lo deploran. Muchas veces se han levantado y se levantan aún contra... —Que sus Excelencias se tomen el trabajo de sentarse. Su gimnasia no sirve para nada. ¿Hubiesen aprobado la rebelión de estos desgraciados? ¿Hubiesen invocado, abiertamente, solemnemente, en su favor el derecho de legítima defensa?—Es que su rebelión apenas si hubiera servido más que nuestra gimnasia.—Sin duda. Y voy a decirles por qué: al llamamiento de los propietarios explotadores hubiera respondido inmediatamente la totalidad de la gente de orden, entre las cuales habría muchas personas decentes, casi tan flacas y no menos explotadas que los hambrientos. Hay una solidaridad entre los hombres de orden. Yo no la deploro. Deploro que se base en un equívoco inhumano, en una concepción odiosa del orden, el orden en la calle. Desde la niñez conocemos todos esta clase de orden. Dos muchachos traviesos clavan su pluma en las nalgas del alumno Gribouille. Gribouille grita.—Alumno Gribouille, doscientas líneas.—¡Pero, señor...! —Alumno Gribouille, doscientas líneas; y si continúa molestando a sus estudiosos compañeros, lo pondré en la puerta de la calle.» (P. 209.)

Ni este pretexto del pseudoorden ni nin-

guno de los que invoca la propaganda franquista llegaron a convencer a los españoles de la necesidad de hacer esta espantosa guerra. Bernanos certifica: «Es absolutamente cierto que Franco no hubiera encontrado veinticinco españoles que le siguieran, si hubiera cometido la imprudencia de dar a entender que su pronunciamiento, presentado por él como una sencilla operación de policía, había de durar más de tres semanas». (P. 88.)

Si ésta era la actitud de los españoles antes de que hicieran la terrible experiencia de la guerra, ahora que la han hecho, ¿estarán de corazón con Franco? Y si la mayoría de los españoles de la zona rebelde no quieren la guerra, ¿a quién representa Franco? Bernanos nos lo dice: «Detrás del general Franco se encuentran las mismas gentes que fueron por igual incapaces de servir una monarquía, a la que finalmente traicionaron, y de organizar una república que ellos contribuyeron en gran parte a instaurar. Las mismas gentes, es decir, los mismos intereses enemigos, unidos un instante por el oro y las bayonetas del extranjero.» (P. 158.)

LA DEPURACIÓN

Todo el libro de Bernanos trasluce el espanto con que ha contemplado el régimen de terror que reina en la España de Franco. «Yo he visto personalmente con mis propios ojos—dice—un pequeño pueblo cristiano, de tradición pacífica y de una sociabilidad extremosa y casi excesiva, endurecerse de repente; he visto cómo se endurecían los rostros, hasta los rostros de los niños.» (P. 185.)

Comprende desde luego que el terror es una de las terribles consecuencias de la guerra civil. «La guerra civil la quiere siempre un pequeño número, pero es, ante todo, el resultado de este complejo psicológico: acabemos de una vez para siempre. El adversario no es hombre al que hay que reducir, sino que hay que suprimirlo, puesto que la sociedad se confiesa totalmente incapaz de hacerle entrar en sus cuadros. Es un fuera de la ley, y la ley no lo protege. Tan sólo puede esperar algo de la piedad. Pero en una guerra civil toda piedad sería un ejemplo deplorable para la tropa.

Los soldados del general Franco no hubiesen soportado que moros piojosos asesinaran a españoles que piden perdón en su propia lengua, si no estuvieran convencidos, porque así se lo aseguraban sus jefes, que estos compatriotas suyos eran monstruos. No hay piedad en la guerra civil, como tampoco hay justicia.» (P. 182.)

Sin piedad y sin justicia, los españoles de la zona de Franco tienen que soportar el terror. «Yo llamo terror—aclará Bernanos—todo régimen en que los ciudadanos, privados de la protección de la ley, pueden vivir o tienen que morir según se le ocurra a la policía del Estado. Llamo régimen de terror al régimen de los sospechosos. Este régimen lo he visto funcionar ocho meses. O, más exactamente, he necesitado diez meses para descubrir, rueda por rueda, todo su funcionamiento. Lo digo y lo afirmo. No exijo de ningún modo que nadie me crea por mi palabra. Estoy convencido de que todo se sabrá un día, mañana, pasado mañana, ¡qué importa! Su Excelencia el Obispo de Palma, por ejemplo, sabe tanto como yo, más que yo, de este régimen. Siempre he pensado que a nuestro Santo Padre el Papa, torturado, según se dice, por el problema de la guerra civil española, le interesaría mucho someter a un interrogatorio, bajo juramento, a este dignatario.» (P. 123.)

«La depuración—declara Bernanos—es la

última palabra de esta guerra, como todo el mundo lo sabe, o comienza a saberlo, o lo sabrá. La frase *es necesario acabar*, que impostores abyectos traducen como si dijéran *liberemos el sepulcro de Cristo*, jamás ha significado otra cosa que el exterminio sistemático de los elementos sospechosos.» (P. 125.)

Bernanos se subleva contra los que pretenden justificar estos crímenes con los que pudieron cometerse a partir del triunfo del Frente Popular en las elecciones. Reconoce que fueron cometidos «ciento treinta y cinco asesinatos políticos desde el mes de marzo al de julio de 1936. Bien, el terror de Franco ha podido, pues, conservar el carácter de un castigo, hasta feroz y ciego, si se quiere, hasta extendido de los criminales y sus cómplices a los inocentes. Pero en Mallorca, donde no se había cometido ningún acto criminal, no ha podido hacerse más que una depuración preventiva, un exterminio sistemático de los sospechosos. La mayor parte de las condenas dictadas por los tribunales militares de Mallorca (hablaré más adelante de las ejecuciones sumarias mucho más numerosas) no han sancionado otro crimen que el de *desafección al movimiento salvador*, dejada traslucir en unas palabras o únicamente en gestos. Una familia burguesa de cuatro personas, padre, madre y dos hijos, de diez y seis y diez y nueve años respectivamente, fueron condenados a muerte porque varios testi-

gos afirmaron que los habían visto aplaudir, en su jardín, al paso de aviones catalanes.» (P. 101.)

La depuración de Mallorca, de la que únicamente habla Bernanos, porque es la única que ha visto, «ha pasado por tres fases bastante diferentes, además de un período preparatorio. Durante éste, hubo, sin duda, ejecuciones sumarias, realizadas a domicilio, pero que tenían o parecían tener el carácter de venganzas personales que todos reprobaban más o menos, y cuyos detalles contaban los unos a los otros en voz baja. Fué entonces cuando apareció el general conde Rossi».

«El recién venido no era, naturalmente, ni general, ni conde, ni Rossi, sino un funcionario italiano que pertenecía a las camisas negras. Una buena mañana le vemos bajar de un trimotor escarlata. Su primera visita fué para el gobernador militar, nombrado por el general Goded. El gobernador y sus oficiales lo acogieron cortésmente. Subrayando sus palabras con puñetazos sobre la mesa, declaró que él traía el espíritu del fascio. Unos días más tarde, el general, con su Estado Mayor, entraba en la prisión de San Carlos, y el conde Rossi tomaba el mando efectivo de Falange. Vestido con un mono negro, que tenía en el pecho una enorme cruz blanca, recorría los pueblos, conduciendo él mismo su automóvil de carrera; que se afanaban por seguir en una nube de pol-

vo otros coches llenos de hombres armados hasta los dientes. Todas las mañanas los periódicos daban cuenta de estas excursiones oratorias, en las que, teniendo a un lado al alcalde y al otro al cura, predicaba la cruzada en una mezcla de mallorquín, de italiano y de español. Ciertamente, el Gobierno italiano disponía en Palma de colaboradores menos ruidosos que este corpulento bruto, que afirmó un día en la mesa de una gran señora de Palma, mientras se limpiaba los dedos en el mantel, que necesitaba por lo menos «una mujer por día». Pero la misión especial que se le había confiado convenía perfectamente a su carácter. Tenía que organizar el terror.»

«Desde entonces, todas las noches equipos reclutados por él se entregaban a sus trabajos en las aldeas y hasta en los mismos arrabales de Palma. Dondequiera que estos personajes daban rienda suelta a su celo, la escena era la misma. El mismo golpe discreto a la puerta del piso confortable o de la casa humilde, el mismo pataleo en el jardín lleno de sombra, en el rellano de la escalera el mismo cuchicheo fúnebre, que un desgraciado escucha desde el otro lado de la puerta con el oído pegado a la cerradura y el corazón crispado de angustia — ¡Acompáñanos! — las mismas palabras a la mujer enloquecida, las manos que, temblando, van cogiendo las ropas familiares que se habían quitado unas horas antes

y el ruido del motor que continúa en marcha, allá en la calle. «No despertéis a los chicos, ¿para qué?» «Me lleváis a la cárcel, ¿verdad?» «Sí», responde el individuo que lo va a matar, que a veces no tiene veinte años. Después, se le sube a un camión, donde encuentra a dos o tres camaradas, tan callados y tan resignados como él, con la mirada vaga... La camioneta rechina y se pone en movimiento. Aún unos instantes de esperanza, mientras que no deja la carretera. Pero he aquí que modera la marcha y entra dando botes por un camino. —¡Bajad!—Bajan, se ponen en fila, besan una medalla o solamente la uña del pulgar. ¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!—Después colocan los cadáveres al borde del talud, donde al día siguiente los encontrará el sepulturero con la cabeza destrozada reposando la nuca en un terrible cojín de sangre negra coagulada. Y digo el sepulturero, porque se ha tenido buen cuidado de hacer lo que había que hacer no lejos de un cementerio. El alcalde escribirá más tarde en el registro de defunciones: «Tal, tal y tal, muertos de congestión cerebral.» (P. 126 a 129.)

«La primera fase de la depuración duró cuatro meses. En el curso de estos cuatro meses el extranjero, que era el primer responsable de estas matanzas, no dejó de figurar en un sitio de honor en todas las manifestaciones religiosas. Generalmente le acompañaba un capellán de uniforme, con una cruz blanca en el

pecho y pistolas en la cintura. (Este sacerdote fué después fusilado por los militares). Nadie se hubiera atrevido a discutir los poderes discrecionales del general italiano. Sé que un pobre religioso le suplicó humildemente que perdonara la vida a tres muchachas de origen mejicano, que habían sido hechas prisioneras, y a las que, después de haberlas confesado, juzgaba inocentes. «Está bien—respondió el conde, que se disponía a acostarse—, consultaré con mi almohada.» Al día siguiente por la mañana, mandaba que sus hombres las matasen.»

«Así, hasta diciembre, los caminos apartados de la isla, en los alrededores de los cementerios, recibieron regularmente su fúnebre cosecha de todos los discrepantes. Obreros y campesinos, pero también burgueses, farmacéuticos, notarios. Una vez le pedí a un médico amigo mío el cliché que había hecho algún tiempo antes uno de sus colegas radiólogo—el único radiólogo de Palma—, y me respondió sonriendo: «Yo me pregunto si podrá encontrarse ese cliché... Al pobre X le han dado el paseo el otro día.» Estos hechos son conocidos de todos.

»Una vez, casi terminada la depuración por las casas, fué necesario pensar en las cárceles. Estaban llenas. Llenos también los campos de concentración. Llenos igualmente los barcos amarrados en el puerto, estos siniestros pontones guardados noche y día, y sobre los cuales, por exceso de precaución, desde que obscurecía,

pasaba y repasaba el lúgubre reflector de un faro, que ¡ay! veía yo desde mi lecho. Entonces comenzó la segunda fase, la de depuración de las cárceles.»

«Porque un gran número de los sospechosos, hombres y mujeres, escapaban a las sanciones de la ley marcial, ya que no habían cometido el menor delito material por el que pudieran juzgarles un Consejo de Guerra. Se comenzó, pues, a sacarlos de la cárcel por grupos, según el pueblo de donde eran. A mitad del camino se vaciaba la carga en el foso.»

«Ya sé... No me dejáis continuar. ¿Cuántos muertos? ¿Cincuenta? ¿Ciento? ¿Quinientos? La cifra que voy a dar la he sabido por uno de los jefes de la represión de Palma. La que da el pueblo es bien diferente. No importa. Al principio de marzo de 1937, después de siete meses de guerra civil, se habían cometido tres mil de estos asesinatos. Siete meses son doscientos diez días, o sea una media de quince ejecuciones por día. Me permito recordar que la isla puede ser fácilmente atravesada en dos horas de un extremo a otro. Un automovilista curioso, a poco que se esforzara, hubiera ganado fácilmente si apuesta que había de ver cómo destrozaban quince cabezas de discrepantes por día. Estas cifras no las ignora su Excelencia el Obispo de Palma.» (P. 130/32.)

«No se piense, sin embargo, que la depuración en las cárceles acabara bruscamente

con la actividad de los equipos que depuraban a domicilio. La aminoró solamente. Los pueblos aislados respiraron, porque la mayor parte del servicio se hacía en adelante en las inmediaciones de Palma. Pero el fin de la autoridad militar, que era limitar el escándalo, no se consiguió. Los parientes de los ejecutados no tenían en adelante que dar unos pasos tan sólo para reconocer a sus muertos. Era preciso ahora hacer un viaje costoso y llenar toda una serie de formalidades que resultaban enojosas por el gran número de solicitantes. Además, los registros de las cárceles estaban rara vez de acuerdo con los apuntes del sepulturero, y esto causaba equivocaciones muy molestas. En última instancia, para que las fosas comunes entregasen sus secretos, no les quedaba a las familias más que un recurso. Un funcionario benévolo les invitaba a que fueran hurgando en el montón de vestidos de los ejecutados a ver si encontraban la camisa o los calzoncillos del muerto.» (P. 137.)

«Alarmada la autoridad militar por la creciente repugnancia que se daba cuenta que le rodeaba y que podía hacer peligroso el descontento de la Falange, a la que acababan de quitarle bruscamente sus armas y sus jefes, adoptó un tercer método de depuración, más discreto aún. Helo aquí en toda su sencillez. Los detenidos que se consideraban indeseables recibían una mañana la noticia de su libera-

ción, consecutiva a un «no ha lugar». Firmaban el registro de la cárcel, daban un recibo de los objetos que al entrar les habían sido confiscados, hacían un paquete con su ropa, cumplían, en fin, una por una todas las formalidades indispensables para que la administración penitenciaria quedara en lo futuro libre de toda responsabilidad. A las dos de la madrugada, se les ponía en libertad por parejas. Es decir, que en el umbral de la puerta se encontraban frente a un camión y rodeados por hombres con el revólver en la mano. «¡Silencio! ¡Vamos a llevaros a vuestras casas!». Se les llevaba al cementerio.» (P. 140.)

«Evidentemente cuesta trabajo leer esto. También a mí me cuesta escribirlo. Pero mucho más cuesta verlo, oírlo... Nosotros, mi mujer y yo, hemos aguantado, no por fanfarronería, ni tampoco por la esperanza de ser muy útiles—¡podíamos, en definitiva, tan poca cosa!—, sino mejor por un sentimiento de profunda solidaridad hacia gentes honradas cuyo número aumentaba de día en día, que habían tenido nuestras esperanzas y nuestras ilusiones, se habían defendido paso a paso contra la evidencia y terminaban por participar de nuestras angustias. Ellos no eran libres y nosotros lo éramos. Pienso en aquellos muchachos falangistas o requetés, en aquellos ancianos sacerdotes—a uno de ellos, porque pronunció palabras imprudentes, le hicieron tomarse un

litro de aceite de ricino, bajo la amenaza de un revólver. Si yo hubiese vivido allá en la intimidad de hombres de izquierda, es probable que su manera de protestar hubiese provocado en mí ciertos reflejos de partidario que no puedo siempre dominar. Pero la decepción, la tristeza, la compasión, la vergüenza, unen mucho más estrechamente que la rebelión y el odio. Nos despertábamos por la mañana abrumados, nos disponíamos a partir, y he aquí que nos encontrábamos en la calle, en la mesa del café, o en la puerta de la iglesia, a Fulano o a Mengano, que hasta entonces habíamos creído que estaba del lado de los asesinos, y que de pronto nos dice, con los ojos llenos de lágrimas: «Esto es demasiado. No puedo más. Mirad lo que acaban de hacer». Me acuerdo del alcalde de un pueblecito, al que su mujer le había arreglado un escondite en el pozo. El desgraciado, a cada ruido sospechoso se apelotonaba en el fondo de una especie de nicho, a unos centímetros del agua. De allí lo sacaron en pleno diciembre, tiritando de fiebre. Lo condujeron al cementerio y le dieron un balazo en el vientre. No se dió mucha prisa en morir, y los verdugos, que estaban bebiendo no lejos de allí, volvieron un poco borrachos con una botella de aguardiente. Metieron el gollete en la boca del agonizante, y después le rompieron sobre la cabeza la botella vacía. Repito que

estos hechos son públicos. No temo que nadie me desmienta.» (P. 133/134.)

«He aquí otro hecho, bien significativo: «Recogeré solamente—cuenta Bernanos—una entrevista con las religiosas de Porto Cristo, que apareció «in extenso» en todos los periódicos de Palma: *El Día*, *La Almudaina* (diario católico, dice el título) y *Última Hora*. El minúsculo pueblecito de Porto Cristo fué el punto donde desembarcaron, en agosto de 1936, las fuerzas catalanas, que, por lo demás, tuvieron que reembarcarse seis semanas más tarde, porque jamás pudieron hacer nada. Estas religiosas dirigían un pensionado, sin alumnas en este tiempo de vacaciones. La superiora contaba al periodista, con todo lujo de detalles, la entrada de los rojos y el primer contacto de las asustadas monjas con los milicianos de Barcelona, que les dieron brutalmente la orden de preparar camas para los heridos. En medio de la confusión, apareció de pronto un sudamericano, casi un gigante, con el revólver en la mano, que se presentó así: «Hermanas, yo soy católico y comunista. Al primero que os falte al respeto le abro la cabeza». Durante dos días se multiplicó, trajo vituallas a las enfermeras, vendó con ellas a los heridos, cuyo número aumentaba sin cesar, y en los raros momentos de descanso proseguía con la superiora una estrambótica controversia, que la religiosa contaba al periodista con un tono humorís-

tico bastante chocante. La religiosa terminaba así su relato: «Cuando la aurora del tercer día comenzaba a apuntar, oímos muchos tiros, los heridos se inquietan, los milicianos echan a correr, nosotras nos ponemos todas de rodillas rezando por el triunfo de nuestros libertadores. Los gritos de «¡ Viva España! ¡ Arriba España!» comienzan a resonar en nuestros oídos, las puertas ceden. ¡ A qué deciros más! Nuestros valientes soldados entran por todas partes y arreglan sus cuentas a los heridos. Nuestro sudamericano fué matado el último.» (P. 138/139.)

El mismo terrible endurecimiento observó Bernanos por todas partes. «Una solterona de 35 años, perteneciente a la especie inofensiva que en España se llama «beata», vivía, antes de la guerra, pacíficamente con su familia en un noviciado ininterrumpido, consagrando a los pobres el tiempo que no pasaba en la iglesia. De pronto da muestras de un terror nervioso incomprensible, habla de las represalias que pudieran hacerle sufrir, y se niega a salir sola. Una amiga mía muy querida, que no puedo nombrar, tuvo lástima de ella y, para que se tranquilizara, se la llevó a vivir a su casa. Algún tiempo después la devota se decide a volver con su familia. La mañana del día fijado para la marcha, la señora que la había tenido hospedada le dice afectuosamente: «Veamos, hija mía, ¿qué puede Vd. temer? Vd. es una

verdadera ovejita de Dios. ¿Quién había de ser tan estúpido que quisiera la muerte de una persona tan perfectamente inofensiva como Vd.?
—¿Inofensiva? Vd. no sabe. Vd. me cree incapaz de hacer el menor servicio a la religión. Todo el mundo piensa como Vd. y nadie desconfía de mí. Pues bien, Vd. puede informarse. Yo he hecho fusilar a ocho hombres, señora.» (P. 102/103.)

«Ciertamente —continúa Bernanos—, yo he podido ver cosas curiosas, extrañas. Conocí en Palma a un señorito, muy afable y muy cordial, querido antes por todos. Su mano aristocrática, pequeña y rolliza, tiene en su palma el secreto de la muerte de quizás cien hombres... Una señora que fué a visitarle un día, al entrar en su salón, vió sobre una mesa una rosa magnífica.
—¿Admira Vd. esta rosa, querida amiga?—Sin duda.—Aun la admiraría Vd. más si supiera de dónde viene.—¿Cómo quiere Vd. que lo sepa? —La he cogido en la celda de la señora M., a la que fusilamos esta mañana.» (P. 103.)

«Citaré también el caso de un ex alcalde de Palma, un viejo médico afamado, casado con una señora conocida por su piedad, en favor del cual vinieron espontáneamente a declarar superiores de casas religiosas. No se le pudo acusar más que de haber estado afiliado al partido radical. A pesar de todo, fué condenado a muerte y fusilado una mañana de la primavera última, atado a un silla, en la que le habían teni-

do que llevar desde la cama del hospital al lugar de su sacrificio, después que las enfermeras pasaron toda la noche, su última noche, poniéndole inyecciones para sostenerle el corazón. Al manifestar yo mi asombro de que le hubieran hecho esperar más de seis meses una muerte inevitable, se me dió esta respuesta: «No ha sido por culpa nuestra; hemos tenido que esperar todo el tiempo que han durado las formalidades de la confesión». Porque el desgraciado era rico.» (P. 144.)

Sometida a este régimen de terror, no es difícil de imaginar el estado de ánimo en que vivía la población. Bernanos cuenta algunos casos bien significativos: «Había allí un viejo mendigo que tenía a su cargo el depósito de basuras, e iba por las calles con una carretilla tirada por un burro esquelético, recubierto de una piel que probablemente le había prestado otro animal de la misma especie, porque era mucho más grande que la que necesitaba para sus huesos. Aunque el hijo único de este pobre hombre había sido matado por los militares, un tabernero caritativo le permitía que durmiera en su cuadra, al lado de su singular animalito. Mi hijita Dominga quería mucho a los dos. Y ella encontró una mañana de Pascua a su anciano amigo ahorcado entre su cajón de basura y su asno, una mañana de Pascua, una triunfal mañana de Pascua, llena de gaviotas blancas». (P. 291.)

Y en otro lugar añade Bernanos: «Quisiera solamente haceros comprender que si todas esas gentes no estaban alegres, no carecían de ratos de ocio. Entonces venían a sentarse al borde del agua y los papás fumaban sus pipas. Este punto de la costa apenas si es frecuentado por los paseantes, que prefieren el lujoso Terreno. Por esto no dejaron sorprenderse al vez llegar a una docena de *balillas*, aunque, naturalmente, no dijeron nada. Uno de estos monigotes empezó a bañarse completamente desnudo. Republicanos o no, la gente de Palma es pudorosa, y una abuela creyó que la ocasión era buena para desatar un poco su lengua. Le dijo al chicuelo que era un desvergonzado. Tocó el jefe su silbato, acudieron los guardias y, sin mucho celo, detuvieron al sacrílego. Protestaron sus compañeros, mientras que los hombres, siempre al margen de lo que estaba pasando, continuaban mirando vagamente al horizonte, aunque dejaron que se apagaran sus pipas. En este momento los chiquillos policías decidieron limpiar el terreno a porrazo limpio. Uno se imagina el espectáculo: los viejos, rojos de cólera, corrían renqueando delante de estos mozalbetes, a los que ninguno de ellos se atrevía a tirar de las orejas; después, esforzándose, a causa de las mujeres, por recobrar una actitud digna, acortaban el paso, pero de nuevo daban un brinco cada vez que la porra de

cauchú caía sobre sus cuerpos. Algunos lloraban de rabia». (Pág. 292.)

De este régimen de terror no se han librado ni aun los extranjeros más ajenos a la lucha. Una de las víctimas que hizo en Mallorca fué el señor barón Guy de Traversay, secretario general de «L'Intransigeant». «En vano—refiere Bernanos—justificó su cualidad de periodista francés. No temo que nadie me desmienta. Después de una breve discusión entre dos oficiales españoles, fué fusilado porque se le encontró una pequeña nota escrita a máquina, firmada por funcionarios de la Generalidad, recomendándolo a la benevolencia del capitán Bayo... Es completamente cierto que el capitán de la cruzada que tuvo en sus manos la suerte de nuestro compatriota, no lo creía, en modo alguno, culpable de los asesinatos de los sacerdotes catalanes o del incendio de las iglesias de Málaga. Ni culpable, ni cómplice, ni moralmente responsable». (Pág. 195.)

III

LA CRUZADA

Aún más que el terror, a Bernanos le indigna la mixtificación religiosa que ha visto en la España de Franco. Todo su libro está lleno de hechos y de argumentos que ponen de relieve la singular manera que tienen los rebeldes de concebir y llevar a cabo su *santa guerra*. Dejándoles a los militares y a sus partidarios toda su culpa, Bernanos asigna lógicamente una responsabilidad mayor a las autoridades religiosas.

Lo primero que les reprocha es su cambio de actitud respecto de Falange. Antes de la guerra, los obispos la encontraban francamente mal, tanto por su doctrina como por sus procedimientos violentos. «Hasta el mismo 19 de julio de 1936—escribe Bernanos—Falange era tan condenable que el personaje a quien las conveniencias me obligan a llamar Su Exce-lencia el Obispo de Mallorca, después de haber dudado mucho si concedería o no entierro religioso a un muchacho falangista, de 17 años,

llamado Bárbara (al que yo casi lo vi matar la mañana misma del golpe de Estado), prohibió a sus sacerdotes asistir al entierro con sobrepelliz, porque se trataba de un violento y está escrito que el que mata con la espada, perecerá por la espada. Seis semanas después, cuando iba yo a llevar en motocicleta a mi hijo a las avanzadas, me encontré a un hermano del muerto en la carretera de Porto Cristo, ya frío, bajo un sudario de moscas. La antevíspera, doscientos habitantes de Manacor, un pequeño pueblecito cercano, a los que los italianos juzgaron sospechosos, habían sido sacados de sus lechos en plena noche, conducidos por hornadas al cementerio, matados de un balazo en la cabeza y quemados en montón un poco más lejos. El personaje a quien las conveniencias me obligan a calificar de Obispo-arzobispo envió allá a uno de sus sacerdotes que, con los zapatos en la sangre, iba distribuyendo absoluciones entre descarga y descarga. No insisto más sobre los detalles de esta manifestación religiosa y militar para herir lo menos posible la susceptibilidad de los heroicos contrarrevolucionarios franceses, seguramente hermanos de los que vimos, mi mujer y yo, huir de la isla como cobardes a la primera amenaza de una hipotética invasión. Hago observar simplemente que esta matanza de desgraciados sin defensa no mereció la menor palabra de censura, ni siquiera la más inofen-

siva reserva, de las autoridades eclesiásticas, que se contentaron con organizar procesiones de acción de gracias. Naturalmente, la menor alusión al aceite de ricino se hubiera considerado, en adelante, inoportuna. Se hicieron solemnes funerales al segundo Bárbara, y como la ciudad acordara dar a una calle el nombre de los dos hermanos, la nueva lápida fué inaugurada y bendecida por el personaje a quien las conveniencias me obligan siempre a llamar Su Excelencia el Obispo-arzobispo de Palma.» (P. 108/109.)

La misma complaciente indulgencia cuenta Bernanos que han tenido los obispos para todo cuanto hacían los militares. Lo mismo bendecían las ejecuciones de retaguardia, que las armas con que en el frente mataban a otros españoles. Pero he aquí sus palabras: «Yo ignoro lo que hacen o no hacen los cruzados en la península. Sé solamente que los cruzados de Mallorca ejecutaron una noche a todos los prisioneros que habían hecho en las trincheras catalanas. Se les condujo, como si fueran un rebaño, hasta la playa, donde fueron fusilados, sin prisa, uno por uno, como si fueran bestias. Pero no, Excelencias, yo no acuso a vuestro venerado hermano, el Obispo-arzobispo de Palma. Se hizo representar, como de costumbre, en la ceremonia por un cierto número de sus sacerdotes, que, bajo la vigilancia de los militares, ofrecieron sus servicios a estos desgraciados.

La escena se imagina fácilmente:—Padre, ¿está éste ya preparado?—Un minuto, señor capitán, en seguida se lo entrego.—Si sus Exce-
lencias afirman haber obtenido en parecidas circunstancias resultados satisfactorios, ¡qué me importa! Con un poco más de tiempo y tomándose el trabajo, por ejemplo, de sentar a los pacientes en marmitas de agua hirviendo, estos eclesiásticos hubieran conseguido sin duda alguna un éxito mayor aún. Hasta les hubieran hecho cantar vísperas, ¿por qué no? Me importa un bledo. Una vez acabado su trabajo, los cruzados pusieron a los milicianos en dos montones—rebaño ab̄suelto y rebaño no ab̄suelto—, después los rociaron con gasolina y les prendieron fuego. Quizá esta purificación por el fuego haya revestido una significación litúrgica a causa de la presencia de los sacerdotes que estuvieron de servicio. Desgraciadamente, al día siguiente yo no vi más que a hombres ennegrecidos y calcinados, retorcidos por las llamas, de los que algunos habían tomado al morir posturas obscenas, capaces de entristecer a las damas de Palma y a sus distinguidos con-
fesores». (P. 194/195.)

El espectáculo era demasiado fuerte, y es aún más extraño que los obispos y sacerdotes pudieran resistirlo cuando todas las personas un poco sensibles habían sentido tanta repul-
sión como asco. «Conōzco muy íntimamente—dice Bernanos—a un joven francés que al prin-

cipio de la cruzada episcopal española tuvo que tomar parte en una expedición punitiva y volvió a su casa fuera de sí, rasgó su camisa azul de falangista, repitiendo con una voz entrecortada por sollozos contenidos, con su antigua voz, con la voz de chiquillo que había vuelto a encontrar: ¡Cochinos! Han matado a dos pobres, a dos viejos aldeanos, muy viejos.» (P. 294.) «Mientras el pobre muchacho lloraba en su casa, los obispos estaban todos los días «bendiciendo en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», argumentos de repetición que salían resplandecientes y bien engrasados de las célebres bibliotecas del señor Hotchkiss. Yo mismo he visto, por ejemplo, a su Excelencia el Obispo-arzobispo de Palma agitar sus manos venerables por encima de las ametralladoras italianas.» (P. 211.)

Pero lo que Bernanos soporta más difícilmente es que se utilice el terror como un medio de imponer la religión a los desgraciados que habitan en la España de Franco. Sobre este punto su testimonio es formal. He aquí los datos que suministra: «La persona a quien las conveniencias me invitan a llamar Su Excelencia el Obispo de Mallorca firmó la carta colectiva del Episcopado español. Supongo que la pluma temblaría en sus viejas manos. No ha podido ignorar ninguno de estos crímenes. Se lo diría en su cara, dónde y cuándo se quisiera. Aduciría aún ante él este testimonio. A uno

de los canónigos de su catedral, que él conoce muy bien, predicador de renombre, licenciado en teología, se le había visto que siempre aprobaba, sin restricciones, a la autoridad militar. Esta conducta inquietaba a una de sus penitentes, pero nunca se había atrevido a interrogarle. Al enterarse de los hechos que he contado antes, creyó que era el momento de romper su silencio. El desgraciado la escuchó sin manifestar la menor sorpresa.—«Pero, en fin, Vd. no aprobará que...—Yo no apruebo ni desapruuebo, respondió este sacerdote siniestro. Desgraciadamente Vd. no tiene ninguna idea de las dificultades de nuestro ministerio en esta isla. En la última reunión de todos los párrocos, celebrada bajo la presidencia de Su Excelencia, tuvimos la prueba de que el año pasado solamente el 14 por 100 de los mallorquines habían cumplido el precepto pascual. Una situación tan grave justifica medidas excepcionales.» (P. 141.)

Bernanos no comenta esta peculiar mentalidad del canónigo de Palma. Se limita a explicar en qué consistieron algunas de las medidas excepcionales tomadas por el clero para reavivar la fe religiosa de los habitantes de la isla. En efecto, «algunas semanas antes de Pascua, la autoridad religiosa, de acuerdo con la autoridad militar, procedió a hacer un censo de los fieles. Para esto se distribuyó a toda per-

sona en edad de cumplir el precepto pascual una hoja impresa, que llevaba por un lado:

»1937

»Don..., Dña..., o Srta...

»Con domicilio en... calle... n.º... piso..., ha cumplido el precepto pascual en la iglesia de...

»Y por el otro lado:

»Se recomienda cumplir el precepto pascual en la propia parroquia. Quien lo cumpla en otra iglesia, deberá dar cuenta a su Párroco.

»Una parte de la hoja, que se podía arrancar fácilmente, porque iba punteada, llevaba esta indicación:

»Para la buena administración, debe arrancarse esta parte de la hoja y hacerla llegar, debidamente cumplimentada, al cura de la Parroquia. Se puede también depositarla en el cepillo dispuesto para esto.

»¿Hay necesidad de añadir que los confesionarios estaban siempre llenos? La afluencia de penitentes que carecían de toda experiencia, fué tal, que el párroco de Terreno creyó necesario proceder a la distribución de una nueva hoja. En ella, después de hacer la observación singular, pero perfectamente oportuna, de que

la principal dificultad estaba no tanto en confesar los pecados como en saber lo que debía decirse, daba en quince líneas la fórmula de un examen de conciencia extremadamente reducido. La hoja llevaba también este Post-Scriptum:

»N. B. — *No olvides colocar tu billete del cumplimiento en el cajón del cancel para poder formar el censo.*

»Ni un solo sacerdote mallorquín se atreverá a negar que estas medidas, tomadas en pleno terror, tenían que multiplicar los sacrilegios.» (P. 142/143.)

A Bernanos, creyente sincero, estos hechos le producen una profunda amargura y no les encuentra ni siquiera el atenuante de que estén inspirados por un fanatismo ciego y brutal pero sincero. Bernanos supone que el apoyo que los obispos españoles están prestando a los rebeldes obedece simplemente al cálculo. Como los rebeldes son los que van a triunfar, se colocan a su lado. Bernanos está convencido de que si la suerte de las armas hubiera sido más favorable a la República, los obispos hubieran cambiado de actitud. En vez de escribir la famosa carta colectiva solidarizándose con Franco, hubieran tratado de ponerse a bien con la República. Si a los diez meses de guerra hubiera vencido la República, Bernanos supone

que los obispos españoles hubieran escrito a los vascos una carta en estos términos:

«¡Oh pueblo admirable, que en medio de la tormenta has sabido permanecer fiel al poder legítimo (legítimo a pesar de sus faltas, porque los cristianos no admiten la rebelión), y que has mantenido alta la bandera de la fe, imponiendo a tus poderosos aliados no solamente el respeto de tu religión y de tu lengua, sino la libertad absoluta del culto y la protección de tus sacerdotes! ¡A nosotros, católica Euzkadi! Antes de la guerra civil, vosotros erais, de todas las provincias de España, la más social y la más cristiana. Los reverendos padres jesuitas habían prodigado entre vosotros las pruebas de su celo e invertido en vuestro país enormes capitales. A vosotros corresponde hoy hacer que acabe el equívoco que ha alejado de nosotros temporalmente a las masas obreras de izquierda. Vosotros acabáis de dar la prueba de que se puede ser a la vez fiel a la Iglesia y a la democracia... Católicos vascos, decid a esos hermanos extraviados, junto a los cuales habéis combatido, que si nuestra paternidad abraza al conjunto de los fieles, su solicitud recae, ante todo, sobre las clases laboriosas y muy especialmente sobre la clase obrera... ¿Cómo es posible que se nos haya creído capaces de aprobar y de bendecir un terror militar, que, como el otro, daba el mismo castigo a los jefes y a la tropa, a los malvados y a los extraviados, a los

culpables y a los sospechosos? Es cierto que al lado de los rebeldes había un cierto número de personas de orden; pero, ¿es que el ejército rebelde no estaba mandado por generales franc-masones?... Estamos dispuestos a asociarnos solemnemente al legítimo regocijo con que todos los vascos, reunidos en la ciudad santa de Guernica, preservada milagrosamente de las bombas, junto a los sacerdotes que han compartido heroicamente con ellos sus pruebas, festejarán su liberación con los gritos mil veces repetidos de: ¡Viva Euzkadi!... ¡Viva la democracia cristiana!... ¡Viva la Universidad de Santander!...» (P. 167/168.)

CONCLUSIONES

Del libro de Bernanos se desprenden una serie de conclusiones que, aunque el autor no las formula expresamente, pueden recogerse sin ninguna dificultad.

He aquí la primera: «Por ingenuas que hayan sido siempre las gentes de derecha y por muy poderoso que sea el instinto que les guía a escoger infaliblemente las causas o los hombres predestinados de antemano a la impopularidad, quizá me concedan hoy que la guerra de España ha perdido el carácter de una explosión del sentimiento nacional o cristiano. Cuando en la primavera última intentaba prepararlos para ciertas decepciones, se me echaban a reír abiertamente. No se trata ahora de explosión, sino de incendio que dura ya más de diez y ocho meses, comienza a merecer el nombre de siniestro. ¿No es verdad?» (P. 87.)

Ni explosión del sentimiento nacional, ni tampoco Cruzada. «Podéis decir que el Mikado es católico, que Italia ha sido siempre un soldado del ideal—*gesta Dei*—, y hasta que el ge-

neral Queipo de Llano es un héroe por el estilo de Bayardo o de Godofredo de Bouillon. Esto es cuenta vuestra. Pero no habléis de Cruzada. Es posible que venga un tiempo en que los últimos hombres libres se vean efectivamente obligados a defender por la fuerza lo que quede de la ciudad cristiana, porque vale mil veces más reventar que vivir en el mundo que estáis organizando. Pero conocemos de sobra la grosería de vuestros medios de propaganda. Resulta ya imposible evocar la guerra de derecho sin hacer reír hasta a los dispéuticos. ¡No comprometáis suciamente la idea de Cruzada!» (P. 159.)

Lo único que esta guerra pseudo religiosa y pseudo nacional ha producido—y esta es otra conclusión de Bernanos—ha sido una cantidad enorme de muertos. «Cuándo se desmovilice el ejército y vuelvan a sus países los italianos, los alemanes y los moros, los generales comenzarán a temblar en sus botazas, porque España contará sus muertos.» (P. 162.) Muertos de todas clases, pero especialmente pobres. Se diría que Bernanos piensa que uno de los fines principales de esta guerra es eliminar definitivamente a los pobres que sobaban en España. Dice, en efecto, que «la revolución se hace siempre con los pobres, aunque rara vez se aprovechan de ella. La contrarrevolución ha de hacerse siempre contra ellos, porque están descontentos y a veces hasta desesperados. Ahora bien, la desesperación es contagiosa. La sociedad soporta bas-

tante bien a sus pobres, mientras que a los descontentos los puede absorber en los hospitales o en las cárceles. Cuando la proporción de los descontentos crece peligrosamente, apela a la fuerza pública y abre de par en par los cementerios». (P. 202.)

«Es un triste espectáculo—dice en otra parte Bernanos, dirigiéndose a los obispos españoles—ver cómo vuestras venerables manos de ancianos, en las que brilla el anillo de pastor, temblando, designan a los verdugos el pecho de los malos pobres. Aunque fueran malos, los pobres no podían ser considerados como responsables de la crisis económica, por ejemplo, o de la furia de los armamentos. Han perdido a Dios, es verdad. Pero, ¿es que vosotros les habíais confiado la custodia de Dios? Hasta este momento yo creía que era a vosotros a quien se confiaba esta misión. Nosotros los padres nos hacemos una idea que me parece bastante exacta de las obligaciones que implica vuestra paternidad. Cuando vuestros hijos se portan mal, ¿por qué diablos os negáis a participar de la angustia de los padres según la naturaleza? Esta angustia tiene un nombre: se llama vergüenza. ¿Es que las faltas de los hijos no han repercutido siempre sobre los padres? Este pesado riesgo asegura la dignidad de nuestro ministerio temporal. Si los hijos no fueran capaces de deshónrar a sus padres, ¿cómo los podrían honrar?» (P. 212.)

Los obispos españoles han rehusado asumir esta terrible responsabilidad y han preferido seguir la táctica que Bernanos atribuye a los Padres Jesuítas. «Cuando la influencia de los jesuítas aumenta, los buenos padres exaltan sus métodos. Lo consideran un triunfo. Cuando son expulsados por todos los Gobiernos y hasta suprimidos por el Papa, como en el siglo XVIII, llaman a esto una prueba y declaran que la tenacidad de los adversarios en perseguirla, demuestra que la Compañía es la mejor». (P. 221.)

Como es lógico, con estos procedimientos no se puede rehacer el cristianismo de un pueblo. También en este punto la conclusión de Bernanos es definitiva. «El aire de España no es favorable a los pulmones cristianos. La angustia de la asfixia es más intolerable porque a primera vista nada la explica, ya que el poder del catolicismo aparece allí por todas partes. Después de un viaje por España, el ilustre Arzobispo de Malinas, Cardenal Mercier, encontró a un amigo mío que le felicitó por haber podido admirar de cerca la cristiana España. Y según me contó el mismo testigo que recogió sus palabras, el Cardenal, después de un largo silencio, respondió: «¿Cristiana España? ¿Vd. cree?». Apoyándose en esta autoridad, me permitiré, pues, escribir que antes de buscar a un hecho, que ya es histórico, explicaciones inaccesibles a las inteligencias medias,

convendría plantear esta sencilla cuestión: la instrucción, o mejor, la educación cristiana ¿no ha sido sabotada en España en provecho de un puñado de pretendidos beneficiarios de la devoción?» (P. 222/223.)

Por eso Bernanos, lejos de justificar la guerra con pretextos religiosos, opina que está dañando enormemente al catolicismo. «A mi parecer, para practicar libremente mi fe, según el espíritu del Evangelio, no es solamente necesario que se me permita practicarla, es preciso, además, que no se me coaccione a hacerlo. No se puede amar a Dios bajo una amenaza. Las gentes de la Iglesia lo olvidan a veces. ¿Me hago bien comprender? ¿Qué decir de una fuerza pública al servicio de la Iglesia? Hace ya dos mil años que contra los fariseos fué pronunciada la palabra más dura del Evangelio, de una dureza que sorprende al corazón, y esta raza no parece que esté a punto de desaparecer.» (P. 237.)

Bernanos sabe muy bien que su testimonio va a excitar protestas. «El desgraciado que se atreva a elevar la más tímida protesta (por los horrores de la guerra) en nombre de la humanidad—¡oh! ¡oh! ¡oh!—sería inmediatamente considerado como un alcornoque o como un impotente por grandes señoras, terriblemente encorsetadas, decididas a acabar de una vez para siempre con los obreros.» (P. 302.) En el caso concreto de la guerra de España las

protestas habían de ser aún más numerosas porque el ambiente está todavía menos preparado para recogerlas. La gente de orden es tan refractaria a admitir nada que perjudique a Franco, como propicia a creer todos los horrores que se les cuenten de los rojos. «Un poco antes de la venida a Francia del Legado Pacelli —cuenta Bernanos— Mgr. Pissardo, de paso por París, se admiró públicamente de que en la estación le recibieran eclesiásticos con sotanas. «¡Qué valor, señores, pero qué imprudencia! Se están Vd. jugando la vida!» (P. 322.) El Cardenal Pissardo creía sinceramente las noticias que daba por aquel tiempo la Prensa fascista asegurando que el comunismo de España se había corrido a Francia.

A pesar de todo, Bernanos no se ña callado. Valientemente escribe: «¿A quién se le puede hacer creer que el millonario Juan March, enriquecido, a ciencia y paciencia de toda España, por el fraude y el contrabando, encarcelado en el tiempo de la monarquía, gran financiero hoy del movimiento, tenga los mismos fines políticos y sociales que el jefe de Falange, que había prometido públicamente en 1936 ejecutarle? ¿Qué diablos pueden tener de común los aldeanos de Fal Conde con esos aristócratas, cruzados de judíos, que conservan de su doble origen las formas más exquisitas de la lepra y de la epilepsia y cuyo absurdo egoísmo perdió a la monarquía?» (P. 234.)

22
646
1939

«¿Debo perder mi nacionalidad—concluye Bernanos—porque digo al mundo entero en su cara tranquilamente que probablemente jamás hubiera hablado del general Franco, si no se hubiera pretendido hacer de este Gallifet de pesadilla una especie de héroe cristiano para ejemplo de los jóvenes franceses?... ¿Por qué diablos se me va a exigir que admire al general Franco que se ha hecho de su legitimidad personal una idea tanto más feroz y limitada por haber sido dos veces perjuro a sus amos?» (P. 316.) Y añade Bernanos: «Napoleón III era sin duda alguna otra cosa que el general de los obispos. Sin embargo, si en la noche del 1º de diciembre hubiese podido prever que dos años más tarde se encontraría aún en las alturas de Montmartre, con un ejército de italianos, de alemanes y de árabes piojosos, dispuestos a bombardear Notre-Dame, toda la sangre real que había en sus venas se le hubiera subido a la garganta y hubiera hecho que el futuro mariscal Saint-Arnaud despidiera a puntapiés al obispo lo bastante indigno como para asegurarle de antemano sus oraciones, suponiendo que el Episcopado francés hubiera tenido alguna vez entre sus miembros a un semejante cochino.» (P. 88.)

